

Sonia Edwards

POBRE

NIÑA RICA

Gracias a los historiadores Ortiz, Del Solar y José Toribio Medina, más un tropel de entrevistados en estricto anonimato, amén su buena dosis de fantasía y una investigación al estilo del más pintado ratón de biblioteca, surge *Cara y sello de una dinastía*, la novela de Mónica Echeverría que ella califica “de facto”. No pidió ni recibió autorización de la familia para relatar, a nombre de Sonia y en primera persona, la saga de los Edwards Eastman.

Por **TOTÓ ROMERO**



Mónica Echeverría.

Cualquier parecido con personajes de la vida real es de alguna manera coincidencia. Quizá la máxima virtud del libro es la súper realista pintura de la sociedad chilena. Ello desde el arribo al país del creador de la dinastía, George Edwards (1804), hasta el día de hoy. La heroína es Sonia Edwards, que murió en el verano del 2003, hermana de Agustín Edwards VI, líder del clan a la manera del mayorazgo británico.

Para sacar a Sonia del entramado familiar en que la ubicó Echeverría, CARAS adelanta de manera exclusiva párrafos seleccionados de la vida novelada de la protagonista. En tanto su autora da cuenta de su gestión literaria en dos años de absorbente trabajo de investigación.

Lo primero que se lee es la dedicatoria de Mónica Echeverría: “Para Sonia Edwards, la más bella, la más rica, la más sufriente, cuya vida inspiró esta novela”. Como si esto no bastara para entender tanto entusiasmo por el tema, escribe: “Esta novela de facto, con su latinazo de fantasía histórica, es de ánimo totalmente literario y en cierto modo también, una novela histórica. Trata de ajustarse a realidades conocidas, imaginando lo desconocido. Y le basta, como a toda literatura, con ser verosímil”. A partir de allí, la autora le traspasa con audacia el relato a Sonia Edwards, y nada menos que en primera persona.

(...) Dicen que cuando nací allí en París, el 16 de enero de 1930, todos exclamaron ¡es la niña más linda que hay!, y además —agregó mi padre— nace en cuna de oro. Creo que ambas exclamaciones de admiración han sido la causa de todos mis dolores, incluso de estos dolores físicos que ahora padezco. He demorado toda una vida en tener conciencia de ello y lograr, poco a poco, superarlos. Es cierto que mi cuna, esa en la que se inclinaban los que por primera vez me miraban, era algo muy especial. La copia exacta de la cuna real de los príncipes de Inglaterra, aseguraba mi abuela Olga (Budge, autora del clásico *La buena mesa*)... “Por favor no se acerquen demasiado, no toquen los encajes, no se les vaya ocurrir mecer al bebé”. ¡Pobre de mí, desde recién nacida era algo particular, diferente, intocable! (...)

“Recuerdo que estaba en Europa cuando me en-

teré de la muerte de Sonia”, cuenta Mónica Echeverría en entrevista a CARAS y cuyos decires ayudan a seguir el hilo de una biografía redactada con múltiples juegos de tiempo. “Desde ese momento comenzó a gestarse *Cuna de oro*, mi título inicial. Se me vinieron de golpe vivísimos recuerdos de esa muchacha linda, casi irreal, con la que coincidimos en tantos momentos de nuestra mutua juventud. La vi haciendo equitación montada en un caballo espléndido. La recordé en Farellones, esquiando con esas piernas largas, con su casi un metro más alta que yo, quien tal como me ves, soy un taco. Sentí que escribir su historia era algo imperioso”.

(...) “¡NIÑOS, ESTÉRENSE LOS CALCETINES, PONGÁNSE LOS GUANTES y recuerden que no deben meter bulla mientras coman, no olviden que su abuela es muy fijada!”, nos indica la miss, antes que los cuatro nietos partamos a Viña del Mar a visitarla. Mi padre y mi madre, con sus disfraces de aviadores color caqui, gorros que les cubren las orejas y gruesos anteojos oscuros, nos dan un beso a la pasada. Parecen felices, mi padre ha comprado un nuevo avión y lo piloteará; a la Chabela (madre de Sonia) le gusta el peligro, la aventura. Bye, Bye, nos gritan, be good children. (...) Los dos mayores, es decir el Dunny (Agustín) y yo, desde hace meses debemos almorzar con los grandes y eso es un fastidio, más bien diría un suplicio: ¡síéntense derechos, no coman como si estuvieran hambrientos, dejen siempre algo en el plato, para demostrar que la comida no les interesa! (...) No sé cómo estos niños —exclama finalmente— han sido tan mal enseñados; claro, con la madre que tienen... La Chabela es más loca que una cabra, llega a El Mercurio manejando una moto y con abrigo de piel, sin Dios ni ley... Mi abuela emite un largo suspiro. (...)

—Una visión de cuento de hadas, entre buenas y malas.

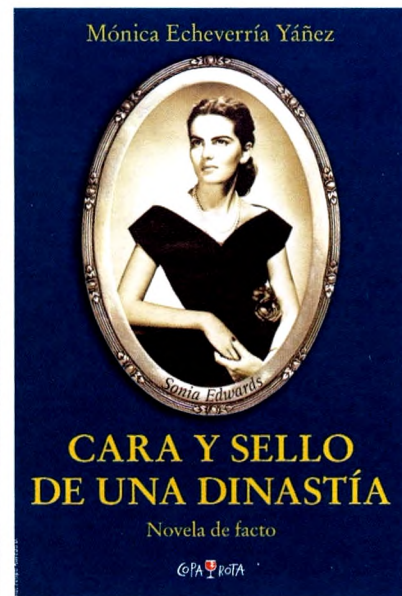
—Tal como sigue la historia, no fueron hadas buenas las que la tutelaron. Comprenderá que revivir a doña Olga Budge, con sus decires y sus normas, es un poco novelar. Aunque su figura y personalidad fueron estrictamente investigadas, no sólo en diarios de la época, sino con docenas de hombres y mujeres informantes. Muchos de éstos, los más jóvenes, la conocían a través de sus historias familiares. Ella fue un personaje muy, muy especial.



PATRIMONTO UC



Sonia invitaba a sus amigos a la casa familiar de Reñaca.



'Sufría de fuertes depresiones y terribles dolores de cabeza que ya insinuaban esos tumores cerebrales que terminaron por quitarle la vida... Débil de carácter como era, se la había vencido de que esa hija nacida fuera de matrimonio debía quedar como un estrictísimo secreto de familia.'

(...) Arropada en mi lecho con mis dos perritas regalonas acurrucadas a mi lado, retorno a ese día de mi estreno en sociedad. (...) ¡Qué linda está! ¡Sin duda será la debutante más esplendorosa!, exclaman sirvientes, peluqueras, modistas, manicures. Ahora pueden entrar a verla sus padres y hermanos. Yo me miro al espejo y me siento horrible, ridícula con ese vestido largo e incómodo. (...) Don Agustín, entre por favor. El me dice: no seas tonta Sonia; vamos mi niña, si eres la más hermosa, bailarás toda la noche, tendrás cientos de pretendientes, apóyate en mi brazo. (...) Ponte al lado mío, me indica el daddy junto a la puerta de entrada. Y saludamos y saludamos y yo me siento cada vez más desgraciada. Entonces hace su aparición la Chabela; trae puesta una larga estola de armiño blanco, se la saca y se exhibe ante la concurrencia, todos quedan encandilados con el vestido rojo escarlata. Luce despampanante (...) La Chabela es la reina de la fiesta.(...)

—¿Usted alcanzó a conocer a los padres de Sonia?

—El fue un frustrado a causa de ese sistema de mayorazgo que se autoimpusieron los Edwards. Don Agustín V nunca quiso ser director de *El Mercurio*. El era feliz con su piano, era un artista. Quería a sus niños, pero muy a su manera. En cuanto a Chabela Eastman, fue lejos lo más poco maternal que pudo haberles tocado a sus cuatro hijos, Dunny, Sonia, Marisol y Robin. Era una mujer absolutamente sin prejuicios, para quien el mundo del arte y del goce sin fin de la vida eran su norte. Recuerdo haberla visto, en plena esquina de Lyon con Providencia (septiembre 1971) vendiendo *El Mercurio*, cuando el sindicato se fue a paro por el despido de un par de periodistas y algunos obreros por el hecho de ser de izquierda. Ella era una loca simpática a más no poder.

La novela continúa con la escapada amorosa de la Sonia quinceañera con Jorge, un eximio polero

del cual estaba muy enamorada. Según el relato de Mónica Echeverría, Agustín Edwards (*el daddy*) se oponía a la relación, consideraba que el joven era un *playboy* y un inútil. Después de una semana escondidos en Viña del Mar, viviendo un apasionado romance, la prensa da a conocer el hecho y hasta publica la foto de Sonia junto a su amor prohibido. La familia en pleno, para evitar el escándalo, decide que Sonia se vaya a París, a casa de unos tíos.

—¿Usted recuerda aquel escándalo social o lo investigó a posteriori?

—Hay cosas de las cuales uno ya no sabe si lo vivió o cree haberlo vivido de tanto oírlo. De ese primer viaje de castigo en París me enteré por mi propia familia, mis recuerdos y expurgando diarios y revistas en la Biblioteca Nacional.

(...) EL BARÓN ROTHSCHILD PASA A SER MI MÁS ASIDUO PRETENDIENTE. Los tíos, felices, y yo más o menos. (...) Me siento feliz, pero no sólo por el transcurrir del día, sino también porque me he vuelto a enamorar, no del barón por supuesto, sino de su secretario, Jean Louis Berthet, que me parece encantador. (...) Rothschild perdió con gran decepción de mi familia y yo me casé con el conde Berthet, aunque algunos familiares insistían en que era duque. (...) Comenzaría una nueva vida en un departamento en pleno centro de Santiago, regalo de mis padres, con un hombre que me parecía atractivo, pero con el cual nunca había convivido. (...) El daddy le había exigido separación de bienes, mi fortuna seguiría en manos de mis padres. Les depositaré una mesada en el banco, pero los cheques deben ir firmados por Sonia y usted.

Yo no me caso por dinero, sino por amor, le contestó Jean Louis. (...)

—Según queda explícito en su libro, *Sonia Edwards, hasta el final, nunca contó con dinero para gastar a su gusto y criterio.*

—Tanto es así, que esa Sonia maravillosa de la juventud, termina vistiendo como la más pobre de las campesinas. Además, las cuatro operaciones al cerebro que le hicieron para extirparle un tumor recalcitrante, le desfiguraron la cara. Era tan triste todo aquello...

—¿Por qué fracasa su matrimonio con Berthet?

—Entre otros motivos de desavenencias, las ausencias de Sonia para meterse de lleno en la sicología con 'ese montón de rotos comunistas', como decía su hermano Dunny, terminaron de exasperarlo. Berthet regresó a Europa y Sonia quedó en Santiago con sus dos niños, Dominique y Nicolás.

(...) ALGO INESPERADO Y MARAVILLOSO ACABA DE SUCEDERME. En la universidad conocí a un sicólogo, Alfredo Carmona, un moreno más alto que yo, que me echó unas miradas que hacía tiempo había olvidado. (...) Nuestros encuentros de día y de noche son cada vez más apasionados y se convierten en un delirio difícil de describir. Eso, hasta hace una semana, en que me di cuenta de que estaba embarazada. (...) Se lo dije ayer, estaba consternado. Dentro de mis planes no existe, por ahora, la intención de ser padre. (...) Debes abortar, Sonia, estás comenzando tu carrera y yo debo darme a conocer como profesional, ganar más dinero, después veremos. (...) Fue como si me echara un balde de agua encima, estaba desolada. Yo, que creía que por fin había encontrado al hombre ideal, al que sería mi compañero por toda la vida... No quiero verte nunca más, serás como una fantasía, un sueño irrealizable, ándate, le contesté. (...) No sabrás nunca más de mí ni de este niño que será mío y que no tendrá nunca más que ver contigo. (...)

—¿Cómo llegó a conocer una información tan íntima y delicada y qué sucedió con ese hijo?

—La guagua, por acuerdo del clan Edwards, nació en Londres donde se crió en espera de una

(Sigue...)



Sonia Edwards y sus hijos Dominique y Nicolás.

adopción de la cual fue rescatada a tiempo por la Sonia, gracias a la ayuda de otra de sus parejas, Vicente. El mismo me contó lo sucedido. Esa criatura hoy es Carolina, su hija menor, después de Dominique y Nico. La historia también me fue contada por la siquiátrata amiga y confidente de Sonia, Vilma Armengolo, a la que doy la mayor fe.

—¿Pero por qué Sonia habría permitido aquello?

—Porque tal como cuento en el libro, ella ya estaba mal de salud. Sufría de fuertes depresiones y terribles dolores de cabeza que ya insinuaban esos tumores cerebrales que terminaron por quitarle la vida. Sin embargo, el dolor de la hija perdida lo llevaba dentro, sin atreverse a manifestarlo. Débil de carácter como era, se la había convencido de que esa hija nacida fuera de matrimonio debía quedar como un estrictísimo secreto de familia. Pero el tiempo dijo otra cosa.

—¿Por qué en el libro, Vicente no revela su apellido y se escuda en el anonimato?

—Esta persona tiene actualmente señora e hijos, no quiere hacerles daño. No hay que olvidar que él y Sonia fueron amantes...

—¿Carolina fue reconocida como un miembro de la familia Edwards?

—Se llama Carolina Carmona Edwards. Un conocido abogado de Santiago me contó que Sonia dejó establecido en el testamento, que su herencia debía repartirse entre sus tres hijos, Dominique y Nicolás Berthet y Carolina Carmona.

La versión del mencionado abogado entregada a



Con sus compañeros de psicología de la Universidad de Chile. Allí conoció a sus únicos amigos.

CARAS, quien pidió reserva de su nombre, difiere, en parte, con la de Mónica Echeverría: "Primero, la información sobre la pobreza que atribuye la señora Echeverría a Sonia en sus últimos años de vida, no es tal. Por el contrario. Ella, a su muerte, dejó una enorme fortuna, que fue repartida por partes iguales entre Dominique y Nicolás Berthet y Carolina Carmona. Reparemos que hoy en Chile los hijos ilegítimos tienen las mismas prerrogativas de herencia de los legítimos. Además —añade el abogado desde su anonimato— Carolina, quien vive hoy en Londres, tiene una espléndida amistad con Alfredo Carmona, su padre. En cuanto a las platas, el valiosísimo sitio del antiguo *El Mercurio*, en Compañía con Morandé, es propiedad de Roberto Edwards (*Robin*), los tres hijos de Sonia y Jacko Lyon, hijo de la Marisol Edwards".

CON EL PASO DEL TIEMPO UN NUEVO AMOR LLEGÓ A LA VIDA DE SONIA.

Esta vez fue Carlos Alamos, entonces secretario del Partido Socialista al que Sonia adhirió por cierto tiempo, para luego ingresar al MIR en la época de la candidatura y posterior triunfo de Salvador Allende como presidente de la República.

—¿No le parece curioso que su heroína, siendo todo menos casquivana, haya tenido tantos amores sin amarre luego de su separación de Berthet, con quien se casó por las dos leyes y gran pompa?

—Sonia fue siempre la primera en declararse culpable de no haber sabido o podido retener a los hombres de su vida, y así lo pongo en el libro. En todo caso, con Alamos comenzó el real trabajo político de la Sonia. La pobre, en medio de todo esto tenía el placer de sentirse útil. Ella ya se había titulado de psicóloga en la Universidad de Chile, con muchísimo esfuerzo. Por más que estudiara ella nunca fue una buena estudiante, pero se hacía querer por sus compañeros siempre dispuestos a ayudarla.

—Después de Carlos Alamos se enamoró de Joan Vidal.

—Exacto. Joan Vidal, director del llamado Colegio Alternativo de Vanguardia con quien Sonia se

casó en una ceremonia modestísima, sin más concurrencia que la de los testigos de ambos contrayentes, los hijos de un matrimonio anterior del novio, más Dominique y Carolina, naturalmente. Su hijo Nicolás viajaba entonces por Italia. Con la familia Edwards todo lazo se había cortado, pero su oficina en *El Mercurio* se mantuvo, aunque no regularmente, abierta y activa. Hay muchos *mercuriales*, periodistas, gente de administración, personal de servicio que recuerda vívidamente cuando llegaba al diario con sus dos galgos o no sé qué clase de perros eran, a la oficina que se había hecho instalar en el primer piso, a mano derecha, inmediatamente después de la entrada al lugar.

(...) ME ACABO DE SOMETER A UNA OPERACIÓN AL CEREBRO. Ha sido exitosa —me indica el cirujano—, sacamos el tumor y no es de origen canceroso. Eso sí, esta clase de tumores se repiten y lo más probable es que se presente otro. Mi relación con Joan se ha estropeado definitivamente. Claro, cómo podía pensar que después de mi larga estadía médica en Estados Unidos él iba a estar esperándome. (...)

"La niña de la cuna de oro murió el verano del 2003, en el Senior Hotel del barrio alto, acompañada de dos viejos y fieles servidores que la conocieron desde niña. El velatorio se realizó con una misa solemne al día siguiente, en la iglesia Santa María de Las Condes. Una de sus viejas amigas, Regina de Montalva, testimonia que ella en el ataúd se veía tan hermosa como en la plenitud de su existencia". Mónica Echeverría recién entonces se da cuenta de que ha escrito una novela, amén de feminista, de cierta manera histórica.

Toda una época de Chile está en sus páginas, desde la llegada del primer Edwards al país, las contiendas políticas y familiares, el gobierno de Allende, el golpe militar, el secuestro de Cristián Edwards, el gobierno de Lagos y el rol jugado por *El Mercurio* en las distintas etapas. Esto, basado en una investigación exhaustiva de la autora, mezclado con su inventiva literaria. Este 4 de noviembre *Cara y sello de una dinastía* es presentado en la Feria del Libro por la historiadora Sofía Correa Sutil. ■